XXI

Ahora estaba en pie, enfrente de una butaca, con la espalda apoyada en la chimenea, mientras que yo, por hacer algo, procuraba ocuparme en una labor de crochet.

—Creo que fué en una platea del teatrillo de Novedades donde vi por primera vez al Barón de Virmeux; estaba con el Marqués de B..., el cual me había sido presentado pocos días antes, en una fiesta dada en el hotel de una amiga mía. Yo estaba sola en la platea de enfrente á la que ocupaban aquellos caballeros. La señora de La Bére debía haberme acompañado, pero se había puesto mala en el momento de salir, y no me importó ir sola al teatro, porque iba convencida de encontrarme allí á alguien conocido. Me equivoqué: nadie en las butacas, nadie en los palcos, más que

el Marqués, el cual no parecía dispuesto á ir á saludarme. Yo lo deseaba mucho, á pesar de que no era por él, por más que sea muy guapo, sino por su amigo, á quien encontraba mucho mejor todavía.

Luisa se acercó más á mí y me dijo con mucha más familiaridad de la que se había atrevido á emplear hasta entonces:

—Imaginaos, Duquesa, un hombre de treinta y dos á treinta y cinco años, alto, delgado, de una perfecta distinción; una frente alta, despejada, ojos inteligentes de mirar muy dulce, nariz recta ligeramente acaballada, nariz de raza; una boca bien dibujada, un poco desdeñosa, adornada por un bigote rubio, espeso, y por una barba finísima, cortada en punta.....

Lo que más me llamaba la atención en él era su aire aristocrático, su figura distinguidísima, con un no sé qué particular, original, tal vez un poco salvaje: evidentemente un hombre de mundo, pero de una clase social muy superior á la que yo frecuento ó me frecuenta á mí. En mi admiración, bien nueva por cierto... porque era la primera vez de mi vida que me extasiaba mirando una cara de hombre, puesto que encuentro á esos caballeros

muy feos en general y en particular también... en mi admiración, digo, pensaba para mis adentros: "Es un príncipe extranjero, ó algún Gran Duque, ó acaso un Soberano del Norte, que viaja de incógnito y á quien el Marqués de B... pasea por París. Bien podía ocurrírsele pasearlo por donde yo estoy. Lo recibiría con todos los honores que le son debidos.„ Pero el telón bajó, comenzó el primer entre-acto, y ni el Marqués ni el Príncipe, Gran Duque ó Soberano salieron á los pasillos. Permanecían sentados en su platea de proscenio, sin parecer advertir que mis gemelos estaban fijos en ellos.

Esta indiferencia completa me turbaba. No estaba acostumbrada á ella desde que Blazac me lanzó. Sé que no soy bonita; pero, sin embargo, suelo producir viva impresión en los hombres. ¿Por qué? No lo sé; afirmo hechos.

Mi aspecto, las ventanillas de mi nariz siempre dilatadas y que se agitan como las aspas de un molino, parecen prometer mucho, según dicen. Tengo también, á lo que parece, algo magnético, hipnotizador, en los ojos; mi mirada atrae las miradas de los demás... Como esta vez no atraía ninguna, me dije: "Es pre-

ciso ayudarles, lucir todas mis habilidades, jugar el todo por el todo.„

Jugarse el todo por el todo consistía en hacer la visita que en vano aguardaba que me hiciesen, pasando de mi proscenio al de enfrente. Un poco de aplomo me bastaba para ello, y yo tengo mucho.

Salgo de mi palco. Atravieso el pasillo. Llego á la puerta de la platea donde estaban encerrados los dos caballeros, y, con bravura, hice que me abriesen la puerta, como si estuvieran esperándome. Aquellos señores no pudieron disimular su asombro, creí observar hasta que fruncían las cejas. Sin embargo, como ante todo son hombres de buen trato, se apresuran á levantarse y me saludan: "Os ruego que perdonéis mi indiscreción, dije enseguida. Estoy sola allí enfrente, vosotros estáis solos aquí. Nos encontramos en un teatrillo, en un terreno neutral, donde son permitidas algunas pequeñas libertades, y he creído poder, Marqués, venir á recordaros que me debéis una apuesta.—¡Toma! ¡Es verdad! El otro día, en una reunión, hicimos una apuesta que yo perdí. Perdonad mi olvido.—¿Estáis dispuesto á pagarme hoy?—Ciertamente.—Pues bien, pagadme con el favor de presentarme á este caballero...„ y designaba á su compañero. Enseguida me cogió una mano, y con una sonrisa: "La señorita Melinita,„ dijo. Esto no me satisfacía. "¿Y no me presentáis al señor?„ dije yo. Tuvo un momento de vacilación, cruzó una mirada con... el otro, y acabó por decir: "Mi amigo el Barón de Virmeux.„ ¡Cómo! No era más que un Barón... Y yo que lo tomaba...

Jamás he sabido á ciencia cierta si me había equivocado ó no.

En todo caso, si tenía otro nombre, otro título, los ocultaba cuidadosamente. Yo hubiera podido procurar averiguar la verdad. Pero yo no tengo curiosidades inútiles, pequeñas, burguesas. Además, como no hubiese hecho que lo siguieran... Lo cual es un mal procedimiento y una cosa fea... ¿Á quién había de haber preguntado?

Jamás se encontró con nadie en mi casa, ni hombre ni mujer. Él tomaba sus precauciones, y yo tomaba las mías por complacerle. Teníamos también horas convenidas, á la caída de la tarde, cuando el barrio donde vivo está casi desierto... ¡Ah! Si me lo hubiera encontrado en la calle, en el Bosque, en el teatro, yendo yo con Blazac, que conoce á todo París,

pronto lo hubiese averiguado todo. Pero él, sin duda, procuraba no encontrarme en ninguna parte, y en cuanto á Blazac, no lo veía yo entonces.„

Luisa Bauquet comprendía que le prestaba gran atención, lo cual aumentaba su deseo de brillar á mis ojos. Podía haberse ahorrado tanto trabajo; todas sus palabras ahora producían efecto, iban derechas á mi corazón.

—El telón había sido levantado durante la presentación—continuó ella,—y yo creí que podía permanecer en el fondo de la platea. Pero deseaba pagar la hospitalidad forzosa que me daban aquellos señores, y hacerme agradable á ellos con mi conversación, porque la oscuridad no me permitía reducirlos de otro modo. Peor para los cómicos que estaban en escena... Pronto eché de ver que empezaba á producir algún efecto en el Barón de Virmeux; se complacía escuchándome y parecía asombrarse al oirme hablar tan bien. Deduje de esto que no me había equivocado al juzgarlo un poco salvaje y acostumbrado á frecuentar una sociedad que no era la mía, la cual apenas conocía él. No se figuraba que una Melinita pudiera tener ingenio y conversar cuando quería, poco más ó menos, como... los

Baroncitos. Sin duda había hasta entonces mezclado, confundido, metido en el mismo saco, como se suele decir, á todas las mujeres que comercian con su amor, desde las comerciantillas al por menor, á precios fijos y reducidos, hasta las negociantes al por mayor, las comerciantes notables. Ignoraba que, bien lanzadas, colocadas de cierto modo, alternamos con lo mejor de París y del extranjero. Los que nos hacen la corte, acaban de darnos lo que nos faltaba al principio de nuestra carrera. Convengo en que moralmente todas valemos lo mismo. Convengo también en que no valemos gran cosa. Pero aparte la moralidad, no hay semejanza alguna entre las que llegan, las altas, y las pequeñas, las que nunca han de llegar á ninguna parte. Todas somos compañeras, pero tenemos diferentes grados. ¿Cuestión de dinero? No, por cierto. Si sólo se tratase de eso, los hombres serían verdaderamente tontos dando á cambio de amor, á ésta un puñado de pesetas... y exagero... y á la otra, un hotel... El Barón sin duda no se había hecho jamás estas reflexiones. De ahí su asombro al encontrar ingenio y buenas maneras en la señorita Melinita...

...Habíaseme puesto entre ceja y ceja hacer

que aquellos dos señores me acompañaran á mi casa, y tratándose de ellos no era esto cosa fácil. Después de una ligera vacilación, se decidieron, sin embargo, á acompañarme... desde lejos hasta un carruaje, y á montar conmigo en él, después de haber vuelto á vacilar de nuevo y de haber mirado mucho en torno suyo. Todo esto me indicaba que el Barón era casado y estaba muy sujeto por su mujer; el Marqués, el cual sabía yo que era casado, no tenía motivo alguno para hacer tantos aspavientos. Este pequeño descubrimiento no me desagradó: gusto de los obstáculos, las resisteneias, y codicio el bien ajeno...

...En el camino, desde el bulevar de los Italianos hasta el Arco de Triunfo, donde yo vivo, trabajé para convencerlos de que debían tomar una taza de té en mi casa. Deseaba mucho enseñar al Barón de Virmeux un hotel que es muy bonito, y sobre todo deseabab rillar en el cuadro de mi casa, que me hace resaltar mucho. Acabaron por aceptar. Observé también con verdadero placer que el Barón fué el primero que se convenció. Es verdad que, sentada yo en el fondo del carruaje, á su lado, insistía poniéndole la mano sobre las

suyas. También le apretaba la rodilla, ¡oh! muy poco, muy inocentemente, como por descuido...

...Llegamos. Un criado y mi doncella estaban esperando... ¡Oh! Mi casa está muy bien montada... Doy mis órdenes, y me pongo á hacer los honores de la casa, que había sido iluminada de repente con luz eléctrica. Observaba yo de reojo al Barón, y vi que, aun cuando harto bien educado para mostrar admiración, se asombraba cada vez más. No, no se figuraba que una *cocotte*... sin duda es el nombre que allá en sus adentros me daba... pudiera vivir de aquel modo, sin lujo de mal gusto, sin demasiados dorados, entre muebles antiguos y de un sabor exquisito, mezclados con multitud de objetos de arte. Evidentemente me agigantaba yo ante él. Crecí todavía más cuando le hice pasar á mi comedor, severo, con muebles de roble, en el cual había preparada una cena de fiambres. Así comprendo yo el té después de medianoche...

...¿Cómo rehusar sentarse á mi lado? El Marqués, siempre recalcitrante, acaso pensó en ello. Pero el Barón, después de mirar discretamente la hora, para saber si podía aún disponer de algunos momentos, con pretexto

de que lo aguardaban en el Casino, se sentó al lado mío. Lo recompensé por ello con una amabilidad excesiva y de las más naturales. Me agradaba cada vez más, y acabé por encalabrinarme, como suele decirse. Él también se entusiasmaba, lo cual era muy natural, porque cuando un hombre ordinariamente juicioso hace una locura, no la hace á medias. Los maridos, accidentalmente separados de sus mujeres, se emancipan más que los solteros. El que se divierte todos los días, ya no se divierte con nada.„

¡Ah! ¡Pedante! ¡Bribona! Cansada de tanto hablar seguido, estaba ebria, por decirlo así, y charlaba, charlaba sin cesar, como si no hubiese de concluir nunca. No me ocultaba ninguna de sus reflexiones, ninguna de sus chabacanerías. Nerviosa, agitada, charlaba de continuo, mientras yo sufría horriblemente al pensar que mi marido había podido prendarse tan pronto, en tan poco tiempo, de una mujer de su ralea.

—Después de cenar—continó con tono alegre—pasamos al salón. Allí desplegué todas mis gracias. Conozco todas las cancioncillas en boga, y no las canto mal: con voz afinada, de buen timbre y vibrante. Sobre todo, las de-

tallo con mucho arte. Sé acompañarlas de miradas expresivas y de ademanes elocuentes... Paulus me ha oído, y dice que haría mi fortuna en los cafés cantantes... Pero no tengo necesidad de eso, porque mi fortuna está hecha, gracias al Barón. En resumen, cuando aquellos señores se marcharon, á eso de las tres de la madrugada, estaban completamente entusiasmados conmigo, hasta el mismo Marqués; pero sobre todo, su amigo.

Sin embargo, al día siguiente esperé en vano al Barón, á quien yo había arrancado la promesa de que iría á verme.

Al otro día, la misma espera, con idéntico resultado.

Empezaba ya á impacientarme. Me había impresionado más de lo que yo creía. No era solamente su cabeza, hermosa en verdad, sino su distinción y su figura lo que me entusiasmaba. Era también el ingenio exquisito de que había dado muestras durante la cena, cuando yo le dejaba meter baza en la conversación. Cierta inocencia, cierta sencillez, me encantaban también en aquel hombre grandemente inteligente, al cual yo sola era capaz de tener por inocente y sencillo... y no volvía, se me escapaba, él, que era el único que podía

hacerme variar de opinión acerca de los hombres, y hacer que me arrepintiese de haberlos desdeñado hasta entonces.

Transcurrieron ocho días. Al fin me entregaron una carta muy abultada. Contenía diez billetes de á mil francos cada uno, y una esquela que no olvidaré jamás.

«El Barón de Virmeux ruega á la señorita Melinita que lo reciba hoy de cuatro á seis, y que acepte la cantidad que es adjunta, como indemnización por el tiempo que tenga á bien perder con él.»

XXII

Por su emoción al relatarme el contenido de aquella carta, por la cólera que mostraba, cualquiera hubiese creído que acababa de recibirla y de leerla. Y lo más curioso es que quería que yo tomase parte en su disgusto y que me indignase como ella.

Acurrucada enfrente de mí, en pie, con el cuerpo encogido y echado hacia delante, con las manos apoyadas en el veladorcito que había entre ella y yo, Luisa Bauquet me decía con voz entrecortada y febril:

—Vamos á ver, señora, sed juez. ¿No era abominable esa esquela del Barón de Virmeux? ¿Tenía el derecho de insultarme así, de tratarme como á una mujerzuela, á mí, que acababa de recibirlo lo mejor posible en mi casa, honradamente, sí, honradamente? ¿No debía juzgar-